

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO II.—BARCELONA 30 DE SEPTIEMBRE DE 1914



Distribución de municiones a las tropas británicas desembarcadas en Francia

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. La actitud de Bélgica.—II. El cetro de la diplomacia.

I.—La actitud de Bélgica

Han transcurrido ya bastantes semanas, desde los primeros sucesos de la guerra, para que sea posible examinar friamente la actitud que guardó Bélgica y si tiene o no razón en las protestas y reclamaciones que de continuo lanza contra la conducta de los alemanes.

La neutralidad de Bélgica estaba garantizada por Alemania, Inglaterra y Francia; esto era lo que podríamos llamar el derecho escrito, pero el hecho real era que Inglaterra se había comprometido hace años a desembarcar un ejército en las costas de Bélgica, en caso de que Francia fuera atacada por Alemania. Y así mismo es innegable que los oficiales franceses enviados desde París, habían entrado en el territorio belga y se ponían de acuerdo con las autoridades militares de aquel reino para desarrollar las operaciones de concierto las dos naciones. Con todo, la violación verdad, la ejecutada por un ejército, la llevó a cabo Alemania. Esta alega como circunstancias atenuantes, que cada cual apreciará según su

juicio, que le constaba que si no era ella la invasora lo serían Francia y la Gran Bretaña; en esto asiste la razón a los alemanes; dice también que no pensaba ni quería llevar la guerra a Bélgica, sino únicamente utilizar la línea del Mosa para el paso de algunas tropas, y en prueba de ello que el ejército que entró en la noche del 3 de agosto, ni rompió el fuego, ni lo contestó en el acto, a pesar de que los belgas, en el campo atrincherado de Lieja, lo recibieron con un tiro violento. Y que estos mismos belgas abrieron las puertas de su país, dos o tres días más tarde, a las tropas francesas, con la excusa de que iban a defender la libertad de Bélgica, cuando bien claro e incontrovertible era que el objetivo franco-inglés no se enderezaba a proteger el reino belga, sino que tendía a derrotar a los alemanes y evitar la invasión de Francia. Los requerimientos del Kaiser al rey Alberto fueron contestados desde el primer momento con una arrogancia y en un tono impropio de quien sólo aspira a mantener su neutralidad, y el examen desapasionado de lo acontecido demuestra que Bélgica se condujo desde el 3 de agosto, no

como país neutral, sino como beligerante; en consecuencia, ni tiene derecho a lamentarse, ni puede pretender que se la substraiga a la ley de la beligerancia. En cuanto a los castigos severísimos, impuestos a las poblaciones de Lovaina y otras, no fueron más que actos de legítima defensa, y motivados por la suprema necesidad de asegurar al ejército contra una guerra de partidarios y los ataques de la población civil, que pretendía ser respetada en absoluto mientras ella misma se entregaba a continuos actos de hostilidad, siempre contra soldados desprevenidos y en ocasiones indefensos, confiados, en descanso en sus alojamientos. Finalmente, por grandes que sean los tesoros artísticos de Lovaina y merecida su reputación secular, la guerra no consiente que se posponga el interés nacional, el militar, a consideraciones de otras índoles, que ni siquiera en tiempo de paz logran la supremacía; sobre todo, estaba en manos de los habitantes de Lovaina evitar los horrores del incendio y la destrucción, con sólo que hubieran guardado la actitud pacífica y prudente que las leyes de la guerra imponen a los no beligerantes.

Como es natural, estas razones no convencen a los enemigos de Alemania, ni les convencerían aunque no tuvieran vuelta de hoja, como vulgarmente se dice. Cada cual mira las cosas desde su peculiar punto de vista, y la pasión ciega, sobre todo cuando el interés y amor patrios se sobreponen a todo.

Nosotros no excusamos a los alemanes, ni nos parece que hayan acertado en los métodos de terror que emplearon en Bélgica; raras veces estos métodos han dado resultados satisfactorios, porque más a menudo conducen a la desesperación y prolongan la resistencia: el que tiene que perder, el que posee algo, huye de la guerra y vacila antes de adoptar una actitud extrema, mientras que el que se ve sumido en la indigencia por los atropellos del invasor es capaz de lanzarse a una guerra de exterminio. Creemos que se han equivocado; y los alemanes lo creen también, porque aunque no lo han dicho, es lo cierto que no han empleado en Francia el mismo sistema del terror que en Bélgica. Los mismos franceses e ingleses reconocen, aparte de unas cuantas agencias que parece se proponen inventar una guerra a su gusto, la conducta humanitaria y digna de sus enemigos en los pueblos franceses.

Pero de la misma manera que no excusamos, ni disculpamos a los alemanes, tampoco podemos admitir, ni en hipótesis, el tópico del Gobierno británico de que se ha lanzado a la guerra por haber roto los alemanes la neutralidad de Bélgica. Nosotros seríamos capaces de ello, tal vez en determinadas circunstancias los franceses, pero ¡que lo diga Inglaterra! Sin necesidad de saber historia, basta recordar lo que ha venido haciendo en los últimos años, para persuadirse que no expondría un solo hombre ni una lancha, aunque se hundiera el mundo, si en ello no iba envuelto su propio interés. Este es el mayor elogio que se puede hacer de la Gran Bretaña, porque cada cual ha de laborar por sí, y dejar a los demás la defensa y el cuidado de sus respectivos negocios.

Corresponde a los ingleses la justificación de lo que han hecho los alemanes con Lovaina. Al dar cuenta la prensa inglesa de la invasión de la Prusia oriental en los primeros días de agosto

por el ejército ruso refiere la destrucción de pueblos y exterminio de pacíficos habitantes por los cosacos y el ejército regular, por haber hecho armas contra el invasor; y todos los periódicos con unanimidad encuentran, no sólo disculpable, sino meritorio y necesario lo que hicieron los rusos. Es decir, que cuando se aplica al enemigo la dura ley de la guerra todo parece bien, pero se tiene como un crimen de lesa humanidad si la aplica el adversario a nuestros amigos o a nosotros mismos.

Volviendo a Bélgica, ha tenido, después de la caída de Lieja, y aun después de la rendición de Namur, ocasiones repetidas para quedar en buen lugar y evitarse las molestias principales de la campaña y a la vez procurar por la prosperidad y la existencia del reino para lo porvenir, con sólo haber confesado su impotencia—lo cual era una verdad que habrían aceptado todos,—y encerrado el ejército en Amberes. Lejos de obrar así, un día y otro ha acechado los momentos favorables para proseguir las operaciones y no ha dejado un instante de tregua a los alemanes, llevando la guerra con más actividad que la misma Francia, aunque es claro que por la pequeñez de sus fuerzas ha perjudicado poco al enemigo.

La razón que le asistía en los primeros momentos ha desaparecido, porque ella misma ha salido de la actitud en que quiso colocarse fuera de tiempo; y ahora no debe lamentarse ni quejarse, y puesto que pretende correr la suerte de los aliados obrar lo mismo que ellos. Pero como Alemania nunca ha tenido por enemiga a Bélgica, la actividad que ésta observa en la presente ocasión ha de ser más odiosa en Alemania que la de Francia, Rusia e Inglaterra, de modo que es explicable que la trate con más rigor y más desprecio que a las verdaderas enemigas.

Esta actitud de Bélgica parece obra personal del rey Alberto. En tiempos del Rey Leopoldo, la amistad con Alemania era muy firme y ella fué la que indujo a contraer el compromiso del desembarco de los cien mil ingleses. Poco después de subir al trono el actual monarca, pudo observarse ya un cambio de sentimientos en el gobierno belga; y en fecha que se ignora, pero que debe remontarse al año pasado de 1913, se adquirió un compromiso tácito o escrito para operar de concierto con Francia e Inglaterra al estallar la guerra.

La torpeza de Bélgica ha consistido en tratar de aumentar sus medios militares a todo trance. Hasta 1912 su ejército era escaso, deficiente y apenas contaba con más fuerzas que las necesarias para cubrir los tres campos atrincherados, de Amberes, Lieja y Namur. Si hubiera continuado de la misma manera al estallar la guerra, Bélgica no habría caído en la tentación de tomar parte en la campaña y ni Inglaterra ni Francia le habrían reprochado una actitud pasiva o espectante, la de la conformidad ante la fuerza superior. Habrían pasado por su territorio ejércitos alemanes, franceses, ingleses, pero la existencia nacional nadie la comprometiera, y cada cual se habría esforzado en pagar a buen precio los perjuicios al pequeño reino para prevenir el caso de que éste se pasara al bando rival. Pero Inglaterra consiguió lo que el rey Leopoldo, con su gran talento, había sabido evitar durante muchos años: la reorganización del ejército, el aumento de fuerzas

militares, el compromiso de oponerse por la fuerza al paso de los alemanes, y Bélgica ha corrido ciega a su perdición. Si vence Alemania, los belgas dejarán de constituir nación; si ganan los aliados, no se vislumbra qué ventajas podrá adquirir Bélgica que le compensen de la ruina en que la ha sumido la guerra, ruina inmensamente mayor que la que podrán experimentar Francia o Alemania, si son vencidas.

La debilidad, si se la esgrime bien, es una fortaleza. El que no puede ser poderoso, hará bien en no imitar al enano de la venta, y moderará sus impulsos bélicos.

II.—El cetro de la diplomacia

En las alianzas internacionales las ganancias y las pérdidas no se reparten nunca en partes iguales; unos resultan favorecidos y dañados otros. El más hábil obtiene los beneficios. No hay que decir que el más hábil es John Bull; su habilidad ha sido extraordinaria, porque tras cargar el peso a los amigos y reservarse la parte brillante, ha conseguido que aquellos le den las gracias y se le muestren reconocidos. ¡Cuánto hubiera, y debiera, podido aprender la diplomacia alemana de la británica en los años de 1906 acá! Pero los demás todavía podemos aprender algo.

En las alianzas, conciertos y compromisos establecidos por el gabinete inglés, ha correspondido el primer puesto de sacrificio a los belgas, que se han hundido y perdido para muchísimos años sólo para dar tiempo a que 80.000 ingleses pudieran desembarcar en las costas de Francia; es decir, que por alcanzar una ventaja de no decisiva importancia, se ha arrojado a todo un pueblo en el fondo de un abismo.

La segunda nación sacrificada ha sido Rusia. Impelida por Inglaterra, y claro que también por Francia, Rusia emprendió prematuramente una ofensiva contra Alemania, y ahora llora con lágrimas de sangre su impremeditación, que le ha costado muchos miles de hombres y la pérdida de muchos generales, además de la de su escaso prestigio ante los polacos. Y se llamó a Rusia a un descabro sólo por conseguir que 200 ó 300 mil alemanes no marcharan a la frontera de Francia. Es decir, que para facilitar el camino de Inglaterra se ha impulsado a Rusia a padecer un desastre que no tenía ninguna necesidad de haber arrostrado, y se ha complicado y hecho más difícil la victoria del Czar. Al mismo tiempo se han disipado acaso para siempre, por lo menos durante un par de generaciones, las ambiciones de Rusia sobre Asia, objetivo que ha sido la clave de la política internacional británica hace cincuenta o sesenta años. Atrayéndose a Rusia, Inglaterra la ha derrotado decisivamente, más que lo pudiera hacer Alemania. Esta derrota la juzgan los rusos bien pagada con algunos millones, en forma de empréstito, que rendirán a ingleses y franceses una espléndida renta. Torpe ha sido la diplomacia alemana, pero la rusa todavía se ha mostrado más incauta. Verdaderamente, la conducta de Rusia, volviendo sus miradas a Europa e inutilizándose en Asia, es inexplicable. Ya lo comprenderá cuando se vea oprimida entre la Europa central por un lado, y Japón, China y Gran Bretaña por el otro.

Por último, Francia, aunque sumamente favorecida por el apoyo de Inglaterra, toda vez que aislada habría sido ya vencida, tiene que pagar también espléndidamente esa ayuda, soportando en su seno a una mezcla heterogénea de súbditos ingleses, que tratarán a la república peor acaso que los mismos alemanes: porque ni canadienses, ni indios, ni australianos, ni negros, tienen para qué guardar miramientos a un país que es para ellos completamente extraño; lo someterán a las leyes de la guerra lo mismo que si estuvieran en Alemania, pese a las recomendaciones y a las órdenes de sus jefes.

Los generales parece que al estallar la guerra son los que poseen las llaves de la resolución del problema, pero no es así: los generales no mueven más que a los ejércitos, mientras que los diplomáticos mueven a las naciones y a los pueblos. Por eso Inglaterra ha sido invencible hasta aquí, y tenemos por seguro que lo seguirá siendo. Aun en el caso más desfavorable, el de que triunfara Alemania, sabrá encontrar la Gran Bretaña medios y ocasiones para dulcificar al vencedor y hacer que los aliados, los amigos de hoy, paguen la cuenta que les presentará Berlín. Y si Alemania es derrotada, algunas migajas tocarán a Francia, Rusia y Bélgica, pero la parte del león sabemos todos quien se la quedará.

¡Qué pensaría el gran Napoleón si presenciara lo que ahora acontece! El enemigo real y natural de Francia ha sido siempre y lo seguirá siendo Inglaterra, que es el valladar en que se ha estrellado y se estrellará el positivo engrandecimiento de los franceses. Y ahora son éstos los que, como los rusos, sirven los intereses que más perjudiciales les han de ser para un porvenir próximo.

A medida que transcurre el tiempo, más se pone de manifiesto la fuerza de Inglaterra; no la fuerza material de sables y cañones, sino otra superior, la de la nación formando un conjunto único y armónico con todas sus energías y actividades.

F. LARÍN.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

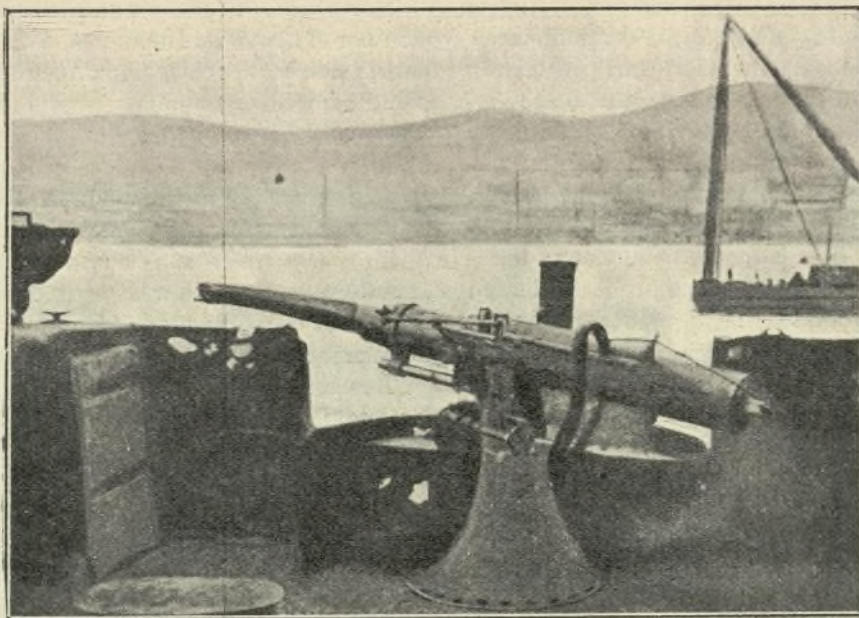
La batalla de Charleroi

Insertamos a continuación los comunicados oficiales del Ministerio de la Guerra francés acerca de la batalla de Charleroi, que tienen más interés ahora que son conocidos los hechos, que cuando fueron dados a la publicidad. Ellos servirán para que nuestros lectores no se dejen impresionar por las noticias que se publican en los momentos que siguen inmediatamente a las grandes operaciones militares, y tengan la suficiente paciencia para esperar a que se disipen las dudas: los hechos tardan más o menos en saberse, pero al cabo es imposible ocultarlos por completo.

Comunicados del 24 de agosto

12 de la mañana

«Nuestros ejércitos, apostados frente a sus objetivos, se han puesto en movimiento anteayer y han tomado en todas partes resueltamente la ofensiva



Cañón de tiro rápido montado en la cubierta de un crucero francés

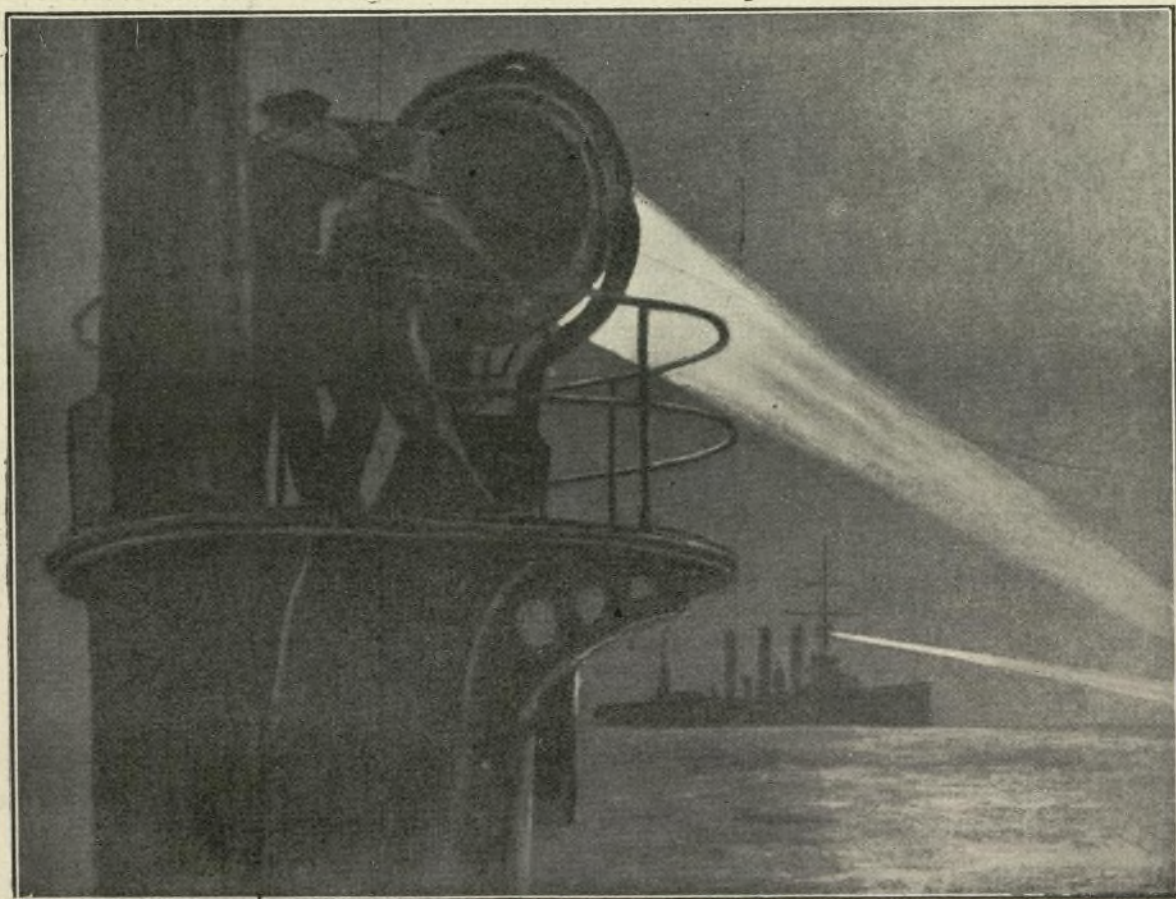
entre el Mosela y Mons. La batalla general está ya completamente empeñada y queda reservada la palabra a los combatientes. Su situación puede resumirse como sigue:

»En la alta Alsacia, en los Vosgos y en el Meurthe, el conjunto de las tropas está bajo el mando del general Pau. Estas fuerzas tienen el frente ya indicado, que no ha sufrido modificaciones: Badonviller-Luneville (ocupada por los alemanes) — Amance-Dieuhoard (Meurthe y Mosela).

»Un ejército que ha partido del Woevre septentrional (N. de Meurthe y Mosela) contra Neufchâteau (Luxemburgo belga) ataca a las fuerzas alemanas que han desfilado por el Gran Ducado de Luxemburgo y la orilla derecha del Semoy, dirigiéndose hacia el O.

»Otro ejército, partiendo de la región de Sedan, atravesando los Ardenas, ataca a los cuerpos alemanes en marcha entre el Lesse y el Mosa.

»Un tercer ejército, en la región de Chimay, se



Los acorazados británicos explorando de noche el mar, con auxilio de los proyectores eléctricos

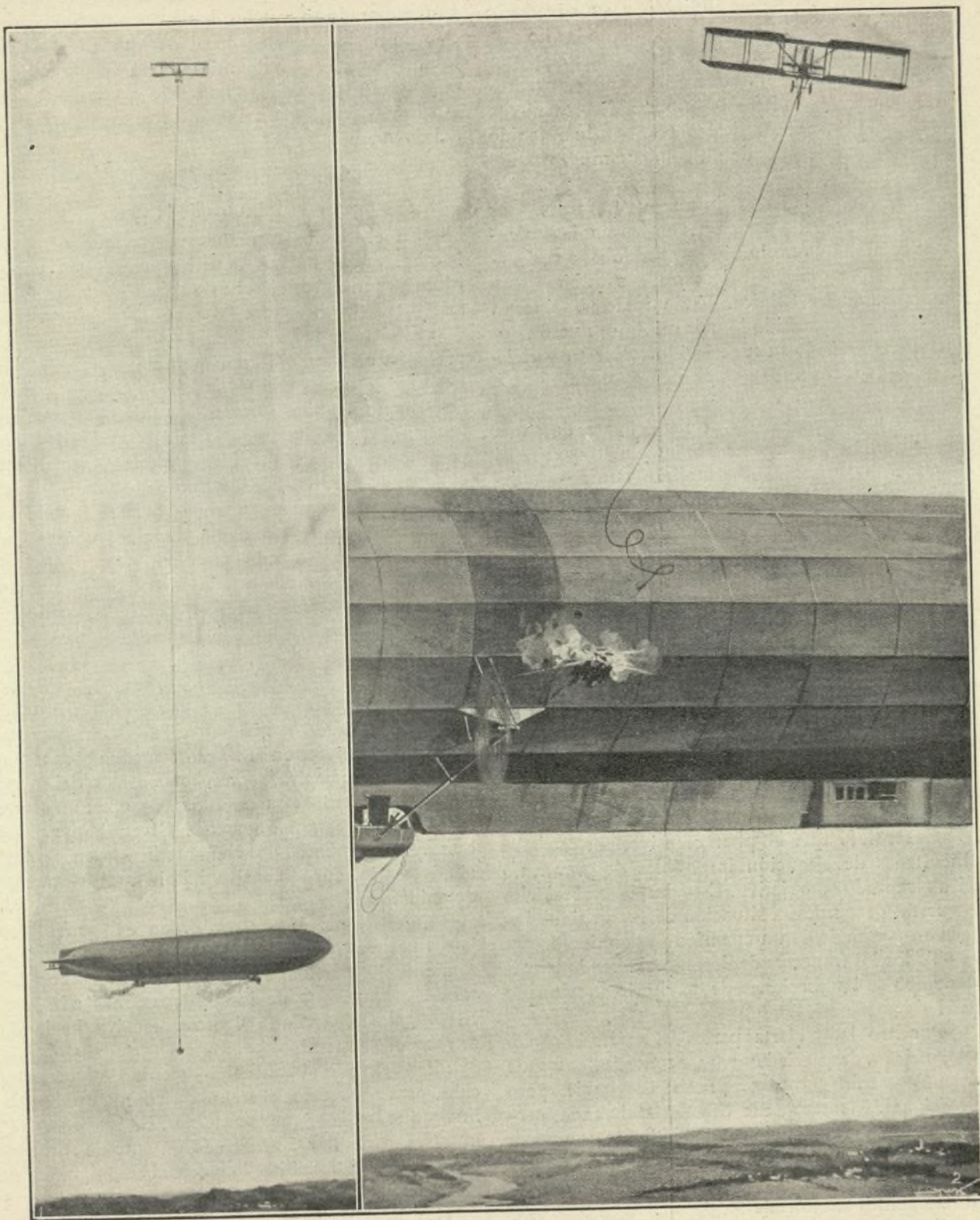
ha lanzado al ataque de la derecha alemana, entre el Sambre y el Mosa. Está apoyado por el ejército inglés, partido de la región de Mons.»

3 de la tarde

«El movimiento de los alemanes, que habían tra-

»En todo el resto del frente está también empujada con el mayor encarnizamiento, y las pérdidas son grandes por una parte y otra.

»En nuestra extrema izquierda, se ha constituido un grupo en el N. para hacer frente a toda eventualidad por ese lado.»



Representación gráfica del ataque de un dirigible por un aeroplano, según el método recomendado en Inglaterra, de arrojar bombas pendientes de cables

tado de desbordar nuestra ala derecha, ha sido seguido paso a paso, y su derecha se encuentra ahora atacada por nuestro ejército del ala izquierda en enlace con el ejército inglés. Por este lado, la batalla se prosigue enérgicamente hace más de una jornada.

12 de la noche

«El ejército inglés, que se encontraba a nuestra izquierda, ha sido atacado por los alemanes. Admirable bajo el fuego, ha resistido al enemigo con su impasibilidad ordinaria.

»El ejército francés, que operaba en esta región, se ha lanzado al ataque. Dos cuerpos de ejército, entre ellos las tropas de Africa, que se encontraban en primera línea, arrastrados por su entusiasmo, han sido recibidos por un fuego muy mortífero. No han cedido, pero contra-atacados por la Guardia prusiana, han debido enseguida replegarse. No lo han hecho hasta después de haber infligido a su adversario pérdidas enormes. El cuerpo escogido de la Guardia ha quedado muy quebrantado.

»Al E. del Mosa, nuestras tropas han avanzado a través de un país de los más difíciles. Vigorosamente atacadas al desembocar de los bosques, han tenido que replegarse después de un combate muy vivo, al S. del Semoy.

»Por orden del general Joffre, nuestras tropas y las inglesas han tomado posiciones en los emplazamientos de cortina que no hubiesen abandonado si el admirable esfuerzo de los belgas no nos hubiese permitido entrar en Bélgica. Están intactas. Nuestra caballería no ha sufrido lo más mínimo; nuestra artillería ha afirmado su superioridad. Nuestros oficiales y soldados continúan en el mejor estado físico y moral.

»De hecho y en virtud de las órdenes dadas, la guerra cambiará de aspecto durante algunos días: el ejército francés permanecerá algún tiempo a la defensiva. Cuando llegue el momento, elegido por el comandante en jefe, recobrará una enérgica ofensiva.

»Nuestras pérdidas son importantes. Es prematuro señalarlas. No lo es menos apuntar las del enemigo, que sin embargo ha padecido tanto que ha tenido que detener sus movimientos de contra-ataque para establecerse en nuevas posiciones.

»De un modo general, hemos conservado la plena libertad de utilizar nuestra red de ferrocarriles, y tenemos abiertos todos los mares para abastecernos. Nuestras operaciones han permitido a Rusia entrar en acción y penetrar hasta el corazón de la Prusia oriental.

»Es sensible que el plan ofensivo, por causa de dificultades de ejecución imposibles de prever, no haya alcanzado su objetivo. Esto hubiera abreviado la guerra, pero nuestra situación defensiva sigue intacta en presencia de un enemigo ya debilitado.

»Todos los franceses deplorarán el abandono momentáneo de las porciones de territorio anexionado que habíamos ocupado.

»Por otro lado, ciertas partes del territorio nacional sufrirán, desgraciadamente, acontecimientos de los cuales serán el teatro. Prueba inevitable, pero provisional. Elementos de caballería alemana, pertenecientes a una división independiente que opera en la extrema derecha, han penetrado en la región de Roubaix-Tourcoing, que sólo estaba defendida por elementos territoriales.

»El arrojo de nuestro valiente pueblo sabrá soportar esa prueba con fe inquebrantable en el éxito final, que no es dudoso. Diciendo al país la verdad entera, el Gobierno y las autoridades militares le dan la mejor prueba de su absoluta confianza en la victoria, que no depende más que de nuestra perseverancia y nuestra tenacidad.

»En Lorena, hemos contra-atacado ayer en cuatro ocasiones, partiendo de las posiciones que ocupamos

al N. de Nancy, e infligido a los alemanes grandes pérdidas.

»En la Prusia oriental, los rusos han proseguido sus movimientos y ocupado el frente Tilsit-Interburg-Arys, a setenta kilómetros de la frontera.

»La población alemana evacua Villenberg por causa de la llegada de las fuerzas de Polonia, que han penetrado ya mucho, hasta cerca de Soldau.

»En Serbia, después de su derrota en el Drina, los austriacos, que habían intentado un movimiento ofensivo hacia Chabatz, han sido rechazados, y los serbios están prestos a invadir los territorios al N. del Save »

Comunicados del 25 de agosto

3 y 15 minutos de la tarde

»En el N. los alemanes parece que reanudan la ofensiva que habían detenido ayer; están contenidos por nuestros ejércitos enlazados con los ingleses.

»El ejército belga, saliendo de Amberes, por sorpresa, ha rechazado los primeros elementos alemanes y ha rebasado Malinas.

»En Lorena, después de los contraataques del día anterior, la derecha de nuestras fuerzas se ha replegado sobre el Mortagne, que prolonga exactamente el curso de Meurthe, desde Luneville a Nancy.

»En Alsacia, nuestras tropas han rechazado varios contra-ataques alemanes dirigidos contra Colmar. El rumor que había circulado de la pérdida de Mulhouse carece hasta este momento de fundamento. El teatro de operaciones de Alsacia es, por lo demás, secundario».

11 y 30 de la noche

»Al O. del Mosa, a consecuencia de las órdenes dadas anteayer por el general en jefe, las tropas que debían permanecer en la línea de cortina para tomar una actitud defensiva, se han concentrado del modo siguiente: las tropas franco-inglesas ocupan una línea de frente que pasa por cerca de Givet, han ganado este frente combatiendo y manteniendo en respeto al adversario, cuya ofensiva ha sido resueltamente detenida.

»En el E. del Mosa, por orden del general en jefe, nuestras tropas han vuelto a ocupar sus emplazamientos de partida, dominando las desembocaduras del gran bosque de los Ardenas; más a la derecha, hemos tomado una vigorosa ofensiva, haciendo retroceder al enemigo.

»Pero el general Joffre ha detenido la persecución, para restablecer el frente de combate sobre las líneas que había asignado anteayer. En esta ofensiva, nuestras tropas han demostrado un empuje admirable. El 6.º cuerpo ha hecho sufrir al enemigo, por la parte de Virton, pérdidas considerables.

»En Lorena los dos ejércitos han tomado una ofensiva combinada, el uno partiendo de la Gran Corona de Nancy, y el otro al S. de Luneville. La batalla, comenzada ayer, continúa en el momento en que comunicamos este boletín. No se oye ya el cañón, como se le oía ayer en las cercanías de Nancy.

»El 15.º cuerpo, que desde el último combate, se había replegado muy quebrantado atrás, se ha reconstituido y formado parte de uno de los ejércitos combinados. Ha ejecutado un contraataque muy

brillante en el valle del Vezouse. La actitud de las tropas ha sido muy bella y demuestra que no quedan recuerdos de la sorpresa del 20 de agosto.

»En la Alta Alsacia el general en jefe, habiendo llamado a todas las tropas a la línea del Mosa, dió la orden de evacuar progresivamente el país ocupado. Mulhouse ha sido de nuevo evacuado.

»La gran batalla está empeñada entre Maubeuge y Donon; de ella depende la suerte de Francia y también la de la Alsacia. En el N. es donde se juega la partida. Allí es a donde el general en jefe llama para el ataque decisivo a todas las fuerzas de la nación. La acción militar emprendida en el valle del Rhin distraería tropas de las cuales acaso depende la victoria; ha sido, pues, necesario abandonar momentáneamente la Alsacia para asegurar su libertad definitiva, por grande que sea la pena de no haber podido substraerla ya a la barbarie alemana. Es una necesidad cruel que el ejército de Alsacia y su jefe han tenido que soportar y a la cual sólo se han sometido en último extremo.

»En el N. partidas de caballería que anteayer se habían presentado en la región de Lila-Roubaix-Tourcoing han aparecido ayer en la región de Douai; esta caballería no puede avanzar mas que exponiéndose a caer en las líneas inglesas reforzadas ayer por tropas francesas.

»A pesar de las enormes fatigas impuestas por tres días consecutivos de combate y a pesar de las pérdidas sufridas, la moral de las tropas es excelente y sólo piden volver al combate.

»En la jornada de anteayer el hecho saliente ha sido el encuentro formidable de los tiradores senegaleses y argelinos con la Guardia prusiana. Contra esa sólida tropa, nuestros soldados africanos se lanzaron con indecible furia. La Guardia ha quedado muy quebrantada en un combate que degeneró en una lucha cuerpo a cuerpo. El tío del Emperador, el general príncipe Aldeberto, ha sido muerto. Su cuerpo ha sido trasportado a Charleroi.

»Nuestro ejército, tranquilo y resuelto, continuará hoy su magnífico esfuerzo. Sabe el precio de este esfuerzo. Combate por la civilización. Toda Francia le sigue con la mirada, tranquila y fuerte también, sabiendo que todos sus hijos soportan solos, por el momento, con el heroico ejército belga, que ayer recobró Malinas, y el vigoroso ejército inglés, el peso de un combate sin precedentes por el encarnizamiento recíproco y por la duración.

»Entre tanto, los rusos marchan por los caminos de la Prusia Oriental y la Alemania está invadida.»

ENSEÑANDO LA OREJA

Traducimos los siguientes párrafos del editorial del *Times* del 5 de septiembre:

«..... Es de la mayor importancia que nuestro pueblo reciba rápidamente las noticias de la guerra, pero es mucho más importante que se diga a nuestros Dominios—de quienes dependen tantas cosas—todo lo que deba permitirse, y sin pérdida de tiempo. Los hechos de la necia censura ejercida sobre los telegramas de la Prensa cursados a nuestros Dominios son casi increíbles, y estamos convencidos que el Gobierno los ignora.

«Es de imperiosa necesidad que se haga saber a los Dominios inmediatamente y plenamente por qué hemos ido a la guerra..... Más importante aun que el caso de los Dominios es el de los países neutrales cuya actitud puede influir decisivamente en nuestra causa. Véase Italia. Los corresponsales de la prensa italiana ahora en Alemania envían a sus periódicos largos mensajes de noticias alemanas. Se les da toda clase de facilidades, incluso el uso del telégrafo. Nosotros estamos tratando a los corresponsales italianos sin consideración, y deteniendo sus despachos horas y a veces días. La consecuencia es que Italia se ve abrumada por las noticias alemanas, y las inglesas no reciben publicidad, situación que ejerce marcado efecto sobre las simpatías italianas. Alemania está pidiendo a la prensa americana que envíe corresponsales de guerra a sus ejércitos, germanos-americanos, elegidos. Nosotros no hemos permitido a un solo inglés permanecer en nuestro ejército, y mucho menos a un americano. Nuestro Gobierno, o quien influye sobre él, no se ha percatado de la verdad elemental que las grandes guerras nacionales ha de ser desarrolladas con tres instrumentos: los ejércitos armados, el dinero y la prensa. Alemania se da cuenta de la poderosa influencia de la prensa, y la usa hasta el extremo, estando ahora empeñada en una hábil y diestra campaña periodística, organizada como nunca. Miente vergonzosamente, pero sirve sus intereses. (1).

«.... Uno de los motivos de que Turquía se disponga a la guerra es que Constantinopla está llena de informes y noticias alemanas sobre imaginarios reverses de los ejércitos franco-ingleses. Otro ejemplo enseña que la prensa alemana y la holandesa han sido movilizadas y realizan astutos esfuerzos para separar a Francia de sus aliados. Alemania se ha dirigido al *Times* y a otros periódicos ingleses ofreciéndoles la publicación de los partes de su Estado mayor general sobre las operaciones militares. Nuestro Gobierno no ha hecho nada para contrarrestar esos esfuerzos. En todo un mes sólo se nos ha dado una información de algún valor. Nada se le dice a Inglaterra, y nada tampoco a nuestros Dominios, y nada así mismo al mundo. Hemos recibido de Petrograd infinitamente más noticias que de nuestro ministerio de la Guerra. Para añadir un ejemplo más a los que hemos dado, recomendamos al Gobierno que indague cuán escasas y atrasadas han sido las noticias transmitidas a la India, cuya espléndida lealtad es tan vital para nosotros; y pedimos que tenga en cuenta los posibles efectos de los agentes panislamitas pagados por Alemania para trabajar entre los musulmanes, si no se procura un remedio eficaz contra esas tentativas. El Gobierno debe hacer uso de su prensa y de la prensa de todo el mundo y no agarrotarla; ha de recordar que lo que los periódicos necesitan, y lo que Alemania les suministra son noticias, y no juicios filosóficos de carácter general (2).

(1) No hay que demostrar cuán equivocado está el periódico inglés sobre lo que dice de Alemania en relación con la prensa.

(2) Tiene toda la razón el *Times* acerca de las informaciones que da el Ministerio de la Guerra inglés y lo mismo el francés: más que noticias, que no se encuentran apenas en los comunicados, no hay más que consideraciones y generalidades, que no demuestran la perspicacia de quien las redacta. Por lo demás, es un hecho que puede comprobar todo aquel que lea la prensa extranjera: los periódicos ingleses son los que contienen datos más precisos sobre la fuerza y situación de los ejércitos y sobre las operaciones militares. Si ellos se lamentan de que se les cierra la boca no sabemos qué dirán los franceses y alemanes.

LA CANCIÓN DEL RHIN ALEMÁN Y LA RESPUESTA FRANCESA

En 1840, cuando la confederación germánica se creyó amenazada, el poeta alemán Becker compuso su famoso *Himno del Rhin* que desde entonces es popular en Alemania:

»No lo volverán a tener, el



Trabajos de fortificación y artillado en los alrededores de Varsovia

libre Rhin alemán, aun cuando lo pidan en todos sus escritos como ávidos cuervos;

»Largo tiempo se deslizará tranquilo, vistiendo su ropaje verde; tranquilo en tanto haya un remo que hiera sus ondas.

»No lo volverán a tener, el libre Rhin alemán, mientras los corazones se abrasen con su vino de fuego;

»Mientras las rocas se eleven en medio de su corriente; mientras las altas catedrales se reflejen en sus espejos;

»No lo volverán a tener, el libre Rhin alemán, mientras los esforzados jóvenes hagan el amor a las apuestas doncellas;

»No lo volverán a tener, el libre Rhin alemán, hasta que los huesos del último hombre se hayan sepultado en sus ondas.»

A esta poesía respondió Alfredo de Musset con esta otra:

»Ya lo hemos tenido, vuestro Rhin alemán: lo hemos tenido en nuestro vaso. Un cuplé que se va cantando ¿podrá borrar la altanera huella del casco de nuestros caballos marcado en vuestra sangre?

»Ya lo hemos tenido vuestro Rhin alemán: su seno lleva abierta una llaga desde el día en que Condé, triunfador, rasgó el ropaje verde. Por donde pasó el padre, bien podrá pasar el hijo.

»Ya lo hemos tenido vuestro Rhin alemán. ¿Qué hacían las virtudes germánicas cuando nuestro César triunfante cubría vuestras llanuras con su sombra? ¿Dónde se sepultaban entonces aquellas últimas osamentas?

»Ya lo hemos tenido vuestro Rhin alemán. Si olvidáis vuestra historia, vuestras muchachas, de seguro, han guardado mejor nuestra memoria;

nos han escanciado vuestro vinillo blanco.

»Si es vuestro, vuestro Rhin alemán, lavado en él vuestra librea; pero hablad con menos altanería. ¿Cuántos cuervos, en el día memorable, erais vosotros contra el águila que expiraba?

»¡Qué corra en paz, vuestro Rhin alemán! Que vuestras catedrales góticas se reflejen en él modestamente; procurad que vuestros báquicos cantos no despierten a los muertos en su sangriento reposo.»

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

(El señor A.) —¿Qué me cuenta V., don Subrio, de la derrota de los alemanes?

—Que no les compadezco. Felices ellos, y felices también los ingleses.

(El señor B.) —Todos contentos no puede ser.

—¿Qué más quisieran Vds. que darse un doble paseito por la Champaña, entrando como dueños y señores en todas las bodegas? Me imagino a los alemanes, ingleses, indios, moros, australianos, negros y amarillos, tonificando sus estómagos, averiados por



Soldados franceses cruzando un río por medio de una pasadera de sacos impermeabilizados, rellenos de paja

la cerveza negra, el whisky y toda suerte de brebajes, con el aromático champagne...

(El señor A.) —Todo lo toma V. a broma; re-

cuerde V. los padecimientos de aquellas tropas: un oficial alemán sólo tenía en su estómago tres granos de cebada.

—No niego que fueran mal comidos, pero ¡lo que es bebidos..! Después de ésto, un paseíto por la Borgoña y ¡vengan penas!

(El señor B.) —V. podrá reirse; pero la victoria de los aliados es evidente.

—Evidente para unos y para otros fantástica. Yo no creo más que lo que dicen los periódicos: los alemanes han cogido prisioneros dos millones de rusos y veinte mil cañones; los rusos, dos millones de austriacos y veinte mil cañones; los franceses, dos millones de alemanes y veinte mil cañones; y los ingleses ¡pásmense Vds.! han hecho cuatrocientos prisioneros!

(A. y B.) —¿Nada más?

—Son más prácticos que los continentales. ¿Para qué quieren millares de prisioneros? Habrían de

(El señor A.) —Y los rusos que estaban cerca de Berlín, ¿qué se habrán hecho?

—Viajan por Inglaterra en trenes cuyos coches tienen las cortinillas corridas, para que los viajeros guarden el incógnito. Para no perder tiempo, los rusos vienen por la Siberia, el Canadá, el cabo de Hornos y el cabo de la Buena Pipa, digo, Esperanza, a las costas occidentales de Inglaterra; allí, desembarcan, toman el tren, vuelven a embarcar en las costas orientales...

(El señor A.) —Y se trasladan a Ostende o...

—¡No! Marchan a Arkangel, exploran el océano glacial ártico... y ganan el premio que no pudieron obtener ni Nordenskjöld, ni Amundsen. Así es cómo se aprende geografía y no desojándose buscando en los mapas nombres imaginarios...

(El señor B.) —Si lo dice V. por esos pueblos de Polonia y Galitzia que no hemos podido encontrar, no tiene V. razón, porque es imposible que



Un regimiento de artillería francesa de campaña, al N. de Mezières

alimentarlos, vestirlos, alojarlos, custodiarlos... y todo esto cuesta dinero. Con cuatrocientos tienen bastante; los han agrupado en secciones de veinte para distribuirlos en la India, Turkestán, Egipto, Canadá, Nueva Zelanda, El Cabo, Pretoria, etcétera, donde los expondrán para que el mundo admire la pujanza inglesa.

(El señor A.) —Sátira aparte, ¿cree V. que, efectivamente, fueron los ingleses los que decidieron el triunfo, como afirman?

(El señor B.) —Yo opino que fueron los belgas, porque el parte oficial del Ministerio de la Guerra de Amberes sostiene, rotundamente, que la salida que hizo la guarnición fué la causa de que pudieran avanzar los aliados. Sí, han sido los belgas...

—Pero ¿aun hay belgas? Creía que no quedaba ninguno después de la destrucción de Lovaina, Namur, Charleroi, Gante... ¿No serán cosacos disfrazados los que defienden Amberes?

en un mapa figuren todas las aldeas y lugares.

—Pero más imposible es todavía que ejércitos de ochocientos mil hombres o un millón, se concentren y operen en un pueblecito de quince casas.

(El señor A.) —Los serbios han vuelto a empuñar el fusil. ¡Ha sido admirable la toma de Semlin!

(El señor B.) —¿Cómo habrán cruzado el Danubio? ¿a nado o en aeroplano?

—Si guardan Vds. el secreto, les diré que el maestro Lehar está terminando una opereta, cuyos episodios principales son la toma de Semlin por los serbios, la derrota de la escuadra austriaca por los montenegrinos y la captura de los aeroplanos alemanes por los submarinos británicos.

(El señor A.) —¡Asombran los adelantos de la ciencia!

(El señor B.) —¡Maravillan!

—Pues ¿dónde me dejan Vds. ese cañón alemán de 42 centímetros, que lanza proyectiles de veinte

toneladas a ciento cincuenta kilómetros de distancia?

(El señor A.) —Nadie como los alemanes para tener oculto lo que les conviene.

(El señor B.) —¡A propósito! ¿Qué será ese famoso secreto del general Kitchener, con el cual resolverá la guerra en el momento oportuno?

—¿No lo han adivinado Vds.?

(El señor A.) —Por más que me he devanado los sesos, no he caído en ello.

(El señor B.) —¡Ni yo tampoco!

—Son Vds. bastante torpes, y perdónenme: el oro inglés comprará todas las agencias telegráficas del mundo, incluso las alemanas y austriacas, y en un instante dado les hará decir que Inglaterra ha vencido a todos... y no tendremos más remedio que creerlo.

(El señor A.) —Sí, pero los viajeros, los comerciantes...

(El señor B.) —Los mismos interesados...

—¡Están Vds. muy atrasados! En nuestro siglo las guerras no las deciden los ejércitos; eso era antes. Ahora las resuelven los pueblos; para mover al pueblo se ha de formar antes lo que se llama opinión pública; esta opinión la despierta y la encauza la prensa; la prensa se inspira en lo que le cuentan las agencias de información, y estas agencias... ¿Ven ustedes ahora claro?

(A. y B.) —Francamente ¡más obscuro que nunca!

—¡Que es lo que quería demostrar!

SUBRIO ESCÁPULA.

(Porque, a pesar de mis consejos, me consta, amigo lector, que todavía te impresiona lo que lees. Acuérdate, no del *Maine*, sino del armisticio que los alemanes pidieron a los defensores de Lieja).

CRONICA MILITAR

I. Las operaciones del ejército austriaco.—II. Operaciones en la Prusia Oriental.—III. La batalla del Marne.—IV. En el terreno de las conjeturas.

I.—Las operaciones del ejército austriaco

Desde que sonaron los primeros cañonazos, ha correspondido al ejército austriaco la triste gloria de figurar como derrotado y vencido en cuantas ocasiones se midieron sus fuerzas con las enemigas, llámense éstas rusas, serbias o montenegrinas. Y sin embargo, unas veces con fortuna, otras con desgracia, los austriacos han desempeñado su papel y prestado utilísimos e importantes servicios a sus aliados los alemanes.

Al comenzar la guerra, un ejército austriaco, compuesto de cuatro cuerpos, invadió la Serbia, corriendo hacia el Sanyakato de Novi Bazar, mientras otra masa amenazaba la frontera del Save. Los serbios resistieron tenazmente, y la guerra no se pronunció en favor de ninguno de los dos beligerantes, aunque a la larga no hay duda que los serbios hubieran sido vencidos, porque a fines de agosto empezaban a batirse en retirada. Poco antes, los rusos, reuniendo todas sus fuerzas disponibles, habían invadido la Prusia oriental y llevado la devastación y el terror a aquella provincia, amenazando caer sobre las fortalezas del Vístula, que, aunque a cubierto de un ataque, no contaban con tropas suficientes para contener la ofensiva del invasor.

Simultáneamente, dos ejércitos austriacos invadieron la Polonia rusa, poniendo en peligro las comunicaciones de los rusos que operaban al N., contra los alemanes, y obligándoles a hacer una pausa en sus correrías.

Creció la agitación en la Polonia a la vista de los austriacos, y el gran cuartel general moskovita prescribió que la masa principal de tropas se lanzara contra los invasores. No había terminado la movilización, ni lo está todavía, pero, con todo, pudieron reunirse cerca de 500.000 hombres que no tardaron en ponerse en contacto con los austriacos. La ofensiva de éstos se dirigió con la izquierda apoyada en el Vístula, el centro hacia Lublin, y la derecha hacia

Luck. Todas las tropas del S. de Rusia, incluyendo las de la frontera rumana, se habían movido hacia el O., de suerte que el choque principal tuvo lugar contra la derecha austriaca, que se replegó sin combatir hacia la frontera. El 25 de agosto, los rusos atacaron a la derecha enemiga, empujándola, en un combate que duró varios días, al interior de la Galizia, derrotándola por fin el 2 de septiembre en Lemberg, plaza abierta. Entre tanto, el centro había vencido, el 28 de agosto, a los rusos en Lublin, y atraído hacia sí gran parte de los contingentes enemigos primitivamente enviados en la dirección de Galizia. La izquierda austriaca siguió avanzando, librándose una serie de combates, que terminaron el día 5 de septiembre con el repliegue de los austriacos a la línea del Vístula y su afluente el San, pero sin evacuar por completo el territorio ruso. La derecha, en retirada, se apoyó en la plaza fuerte de Przemyśl y continuó disputando el terreno a los rusos. La izquierda trataba de entrar en punta hacia el N., llamando la atención de los rusos para desviarlos de la Galizia. Pero ya había comenzado la invasión de esta provincia austriaca.

Para el resultado de la guerra, poca importancia tiene que los rusos entren en Galizia y, aun, que la dominen por completo. La frontera natural, muy fuerte por naturaleza, es la de los Cárpatos, y en tanto no la salve el invasor no puede adquirir la guerra caracteres temibles para Austria.

Esa ofensiva enérgica de los rusos, y la necesidad de atender a los objetivos principales, movió a los austriacos a evacuar la Serbia, replegándose a sus fronteras, en las que dejó algunos cuerpos de observación, que escarmentaron duramente a un cuerpo serbio que se aventuró impremeditadamente al otro lado de la línea fronteriza.

Para los intereses austriacos hubiera sido mucho mejor dominar a Serbia en unas cuantas semanas, pero sin duda el gran cuartel general comprendió que la ocupación de aquel pequeño reino exigiría

contingentes numerosos, que más útiles podrían ser empeñados contra los rusos, y se decidió a una retirada que habrá tenido, necesariamente, fatales consecuencias para la causa austriaca, porque así como el vencimiento de Serbia hubiera precipitado la acción de Bulgaria y Turquía, la evacuación de aquel reino contendrá a búlgaros y turcos, y los rusos encontrarán en los serbios unos eficaces y no despreciables auxiliares.

No es aventurado admitir que si se tratara sólo de una guerra de Austria contra Serbia y Rusia, empeñada como ha sido la presente por Austria mucho antes de que Rusia estuviera preparada, lo mejor fuera derrotar a los serbios para provocar la intervención de búlgaros y turcos, replegando la defensa a los Cárpatos, donde era posible contener mucho tiempo a los rusos con fuerzas inferiores. Pero Austria, dando un alto ejemplo de lealtad, atendió antes a las demandas de Alemania, contenidas en el plan de campaña trazado de antemano y desenvuelto desde el primer día, y procedió a invadir la Polonia para que aflojara la presión de los rusos sobre la Prusia oriental. Realmente, si en vez de tratarse de dos ejércitos aliados, alemanes y austriacos, no hubiera habido más que uno, no se condujeran los austriacos de un modo más conveniente a los intereses generales antes que a los particulares.

Gracias al desinterés de Austria y a la nobleza con que procede, ha sido posible a los alemanes derrotar a los rusos y colocarlos en una situación harto peligrosa, para que la invasión en Austria la efectúen con tranquilidad y sin temor a contratiempos de consideración.

Las operaciones que hasta ahora han tenido lugar en la frontera austriaca distan mucho de tener un carácter decisivo. La guerra probablemente será muy larga, y tardará en inclinarse resueltamente en favor de cualquiera de los dos beligerantes. Los rusos no han puesto todavía en el teatro de operaciones el grueso de sus fuerzas, y si los austriacos tienen la suficiente habilidad para irse replegando sin empeñar seriamente sus tropas, retrocediendo a la línea de los Cárpatos, podrán en ella contener a los rusos el tiempo suficiente para que la guerra se decida entre tanto en el teatro occidental. Es de temer, no obstante, que los generales austriacos no guarden esa prudente actitud, y se dejen derrotar en una gran batalla; si así fuera, y los rusos emprendieran una persecución tenaz, los Cárpatos no presentarían grandes dificultades a la invasión, porque un ejército derrotado no se apoya casi nunca como debiera en las líneas, naturales o artificiales, de defensa que hay a su espalda: recuérdese el caso reciente de las plazas francesas de la frontera del N., que no detuvieron a los alemanes, a pesar de su fuerza. Si de la misma manera que los austriacos se han sujetado a los consejos de sus aliados en el desarrollo de esta primera parte de sus operaciones, atienden las observaciones que les llegarán de Berlín, retrocederán lentamente, en la hipótesis de no poder sostener su ofensiva en la Polonia, y se harán fuertes en los Cárpatos, no perdiendo el contacto con los alemanes. Si obran así, la campaña será larga, salvo sucesos imprevistos, que son frecuentes en todas las guerras.

De todos modos, la invasión rusa en Galizia se lleva con harta flojedad. En los veinte días que han

transcurrido desde la batalla de Lemberg, todavía no han salvado las vanguardias rusas la distancia de 80 kilómetros que hay desde aquella ciudad a la plaza de Premysl.

II.—Operaciones en la Prusia oriental

De los pocos datos hasta ahora recibidos de aquel teatro de operaciones, se deduce que los rusos, sin estar debidamente preparados, asumieron una ofensiva prematura en la primera quincena de agosto contra las fronteras de la Prusia oriental, arrojando atrás a los destacamentos de protección alemanes y avanzando en dos masas, la una en la parte septentrional, hacia Koenisberg, y en la dirección de Posen la otra. Los pequeños combates a que dió lugar esa invasión fueron objeto de tendenciosas y exageradas noticias, que no hay para qué recordar. Lo cierto es que a los pocos días los cuerpos de ejército alemanes reunidos en aquella comarca tomaron la ofensiva a su vez, primero contra el ejército ruso (probablemente dos cuerpos) mandado por el general Samsonow, derrotándolo completamente y poniéndolo fuera de combate. El comandante del ejército, el de uno de los cuerpos de ejército y un general del gran cuartel general fueron muertos, y cayeron en manos de los alemanes numerosísimos prisioneros y abundante material de guerra. Esta victoria, aunque los efectivos en ella empeñados no fueron grandes, fué mucho más importante que los triunfos de alemanes y aliados en el teatro occidental. El 1.º de septiembre tuvo lugar este hecho de armas, que obligó al segundo ejército ruso (probablemente tres cuerpos) a retroceder hacia el O., tomando cerca de Labiau una posición de espera para contener al enemigo.

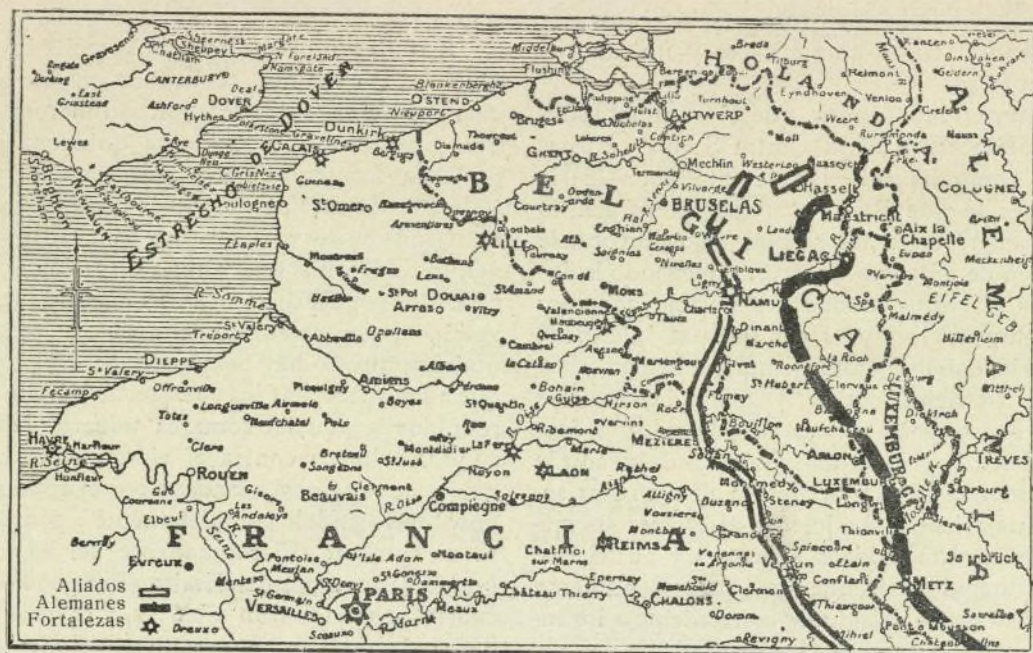
Los alemanes operaron según su conocido método de envolver una de las alas del adversario, maniobra que no supieron contrarrestar los rusos, derrotando completamente al invasor, que según parece estaba mandado por el general Rennenkampf, en las jornadas del 7 al 10 de septiembre. Los rusos se pronunciaron en huida, más que en retirada, y es de creer que los alemanes han invadido la Polonia.

El alcance de estas victorias alemanas lo ha explicado el mismo cuartel imperial ruso, anunciando que temporalmente se suspendía la ofensiva y que el ejército moskovita permanecería a la defensiva hasta que llegaran refuerzos. No podía suceder otra cosa teniendo en cuenta que los rusos se lanzaron a la invasión cuando aun no estaban movilizados y cuando todavía se encontraban muy lejos, y por consiguiente imposibilitados de acudir oportunamente al campo de batalla, los cuerpos llamados del interior, del N. y del E. del Imperio. Por si esta situación no fuera bastante desventajosa, el gran cuartel general había acumulado la masa principal de las fuerzas disponibles en la frontera austriaca, descuidando el peligro alemán.

Los efectivos que tomaron parte en las batallas indicadas son muy cortos comparados con el inmenso poder militar de Rusia; pero, no obstante, como para movilizar los cuerpos se llama a filas a los reservistas, algunos de cuyos contingentes se encuadran en los cuerpos de primera línea o sea los constituidos en el tiempo de paz, los ejércitos destrozados en la frontera de Prusia oriental han tenido que lamen-

tar sus bajas exclusivamente entre los soldados de activo, los mejores, de suerte que aquellos cuerpos quedan en mala situación para seguir la guerra, toda vez que los reservistas, demasiado numerosos, que los han de reforzar, estarán mal encuadrados.

La derrota completa de los dieciseis o dieciocho cuerpos de ejército rusos hasta ahora empeñados en las fronteras de Polonia, equivaldría, en efecto, a la pérdida, no sólo de los efectivos hasta ahora presentes en fila, sino también de los reservistas que aun



Situación de los ejércitos beligerantes el 16 de agosto

Derrotados los austriacos en Galizia y obligados a replegarse, por el descalabro de su ala derecha, de la región de Lublin hacia la frontera, la situación militar en la frontera rusa es interesantísima y se presenta en extremo favorable a los austro-alemanes, a condición de que éstos dispongan de fuerzas suficientes para emprender una enérgica ofensiva, que podría dar por resultado el envolvimiento completo de la masa rusa que opera contra los austriacos, y la

han de incorporárseles, de manera que Rusia, por su imprudencia tendría que lamentar la derrota de un ejército de 800.000 hombres, cuando en realidad apenas ha puesto en línea 600.000.

Militarmente considerado el caso, es muy halagador el objetivo que se presenta para Alemania en el teatro oriental. Un respiro de cinco o seis meses para acumular las fuerzas contra Francia e Inglaterra merece la pena de ser reflexionado detenidamente.



Situación de los ejércitos beligerantes el 21 de agosto

decisión de la campaña de 1914. Si tal ocurriera, Rusia tendría que aplazar todas las operaciones para la primavera de 1915, dejando a los alemanes cinco o seis meses de tiempo para desarrollar sin inquietudes ni prisas las operaciones en Francia.

III.—La batalla del Marne

El frente de batalla alemán, que el 2 de septiembre se extendía desde Beauvais, al O. de París, a Revigny, al E. de dicha capital, redujose precipita-

damente en las jornadas del 3 y 4 y quedó el 5 desde Sentís, al N. de París, a Vitry-les-François.

Esta reducción del frente podía obedecer a dos causas: 1.^a, la disminución de fuerzas por el envío de uno o más ejércitos a otro punto, y 2.^a, al deseo

casi a las puertas de París, no se concebía que de pronto detuvieran su movimiento y anularan los resultados del mismo, por debilitar su ejército de operaciones, precisamente a medida que el de los aliados se iba reforzando; finalmente, los partes ofi-



Situación de los ejércitos beligerantes, el 25 de agosto

de romper la línea francesa por el centro, dividiéndola en dos masas, que luego serían más fácilmente batidas en detalle; esta maniobra imponía la concentración de refuerzos en el punto decisivo y, por consiguiente, la reunión de mayores contingentes.

En los primeros días, la hipótesis del envío de uno o más ejércitos a otro teatro no pareció verosímil, porque los rusos habían sido ya batidos el 1.^o de septiembre y derrotados nuevamente del 7 al 10;

ciales franceses seguían atribuyendo la ofensiva a los alemanes, y ello implicaba, por lo menos, equilibrio de fuerzas. Y por si todavía cupiera duda, el fracaso de la salida de la guarnición de Amberes y la pasividad de los rusos después de la batalla de Lemberg, demostraban que no se había presentado ningún hecho imprevisto capaz de hacer variar el plan alemán; ejecutado con tanta fortuna hasta el día 2.

Sin embargo, a medida que pasaron los días, se



Situación de los ejércitos beligerantes, el 31 de agosto

es decir, cuando todavía no era posible que tropas sacadas de Francia pudieran haber llegado a la Prusia oriental y tomado la ofensiva; por otra parte, habiendo emprendido los alemanes un enérgico avance después de la batalla de Charleroi y llegado

advirtió que los partes franceses no hablaban ya de los siete ejércitos enemigos, sino de seis, cinco y luego cuatro; quedó fuera de duda que Verdun y Nancy habían resistido el ataque del invasor y que éste tenía preparada una posición defensiva al N. del

Aisne. Los comunicados oficiales franceses comenzaban siempre refiriéndose a los movimientos del enemigo y señalando los objetivos probables de éste en los diferentes puntos del campo de batalla, indicio evidente de que la iniciativa seguía pertenecien-

mente la persecución, y el 13 y 14 volvieron a presentar tenaz resistencia las retaguardias alemanas, entablándose una nueva batalla en la línea del Aisne.

No cabe duda, porque lo empiezan a reconocer



Situación de los ejércitos beligerantes el 1.º de septiembre

do a los alemanes, aun en esta fase imprevista de la guerra.

Coordinando todos estos datos y algunos otros de importancia más secundaria, cabe ya darse cuenta de lo acontecido en las jornadas del 6 al 12, aunque todavía queden algunos puntos oscuros, que indicaré.

Del 2 al 4, uno de los ejércitos alemanes fué quitado del frente de batalla y despachado a otro lugar; del 4 al 10, un segundo ejército siguió el mismo camino, y, probablemente, porque no se tiene seguridad de ello, un tercer ejército salió igualmente de Francia en fecha que se ignora.

Al ser retirado de la línea el primer ejército, el ala derecha alemana, mandada por el general von Kluck, tuvo que cerrar el claro, y al efecto se movió hacia el E., dejando de desbordar a París. Esta maniobra coincidió con la ofensiva del centro alemán hacia La Ferté, y la batalla comenzó. El ejército de París (cuatro cuerpos), que vió despejado su frente cuando menos lo esperaba, avanzó hacia el N., y trató de envolver la derecha alemana, amenaza a la que ésta se substrajo mediante un cambio de frente y un repliegue de su flanco derecho, de suerte que las tropas de von Kluck quedaron formando martillo. Contenido el ataque del centro alemán, la batalla permaneció indecisa, el 6 y 7, en este sector; pero la izquierda de los aliados (cuatro cuerpos) había apoyado el ataque del ejército de París, y obligado a retroceder rápidamente a la derecha enemiga; la expresada ala izquierda trató entonces de abatirse hacia el E., para coger de flanco el resto de la línea alemana, pero fué contenida el día 9 por la Guardia (según los partes oficiales franceses), dando tiempo esta resistencia a que se replegaran la izquierda y el centro alemán. El día 10, los aliados avanzaban en todo el frente, y la batalla se había decidido a su favor. En las jornadas del 11 y 12 continuó activa-

los ingleses, que la batalla del Marne fué una retirada emprendida por los alemanes por su propia iniciativa, y aprovechada hábilmente por el general Joffre para obtener los mayores frutos posibles de esa maniobra retrógrada y levantar la moral de su ejército. Al llegar a la línea del Aisne ha cesado la iniciativa alemana, y ha comenzado a desenvolverse la francesa.

Siendo el centro alemán (hacia Sezánne) la masa más fuerte que había quedado en la línea, se comprende y explica que la retirada fuese precedida de una demostración ofensiva (y no de un verdadero ataque a fondo) que hiciera creer a los aliados que el enemigo trataba de romper el centro francés, para que el general Joffre llamara fuerzas hacia este sector y aliviara la enorme presión que se comenzaba a ejercer sobre los dos ejércitos de la derecha, muy inferiores en fuerzas a los aliados. La demostración sólo tuvo éxito en parte, porque el ejército de París y la izquierda anglo-francesa no variaron la dirección de su ataque; si la derecha alemana pudo retroceder sin serio quebranto, debióse a detener la marcha el ejército de París, el día 8 (P), para no alejarse demasiado de la capital y dejarla desamparada ante un golpe imprevisto del enemigo; y a las deficientes condiciones maniobreras del ejército inglés, que servía de enlace entre el centro y la izquierda francesa.

Queda, no obstante, un punto oscuro, al que no se encuentra explicación satisfactoria. ¿Cómo se atrevieron los alemanes, con fuerzas inferiores, a avanzar hacia Vitry y el territorio del S., estando intactas las defensas de la frontera, desde Verdun a Belfort? ¿Cómo el ejército de Pau no cayó de flanco sobre la izquierda alemana, ejecutando una maniobra análoga a la realizada contra la derecha enemiga por el ejército de París?

¿Porqué los cuerpos de ejército de Joffre que al

principio de la batalla avanzaron por los Argonnes retrocedieron precipitadamente al convencerse de que el enemigo no se encontraba en aquella región? Esta maniobra, declarada en los comunicados franceses, y el atrevido avance alemán con el flanco izquierdo (el del E.) enteramente al descubierto, y su retirada luego, también sin protección y sin que lo atacaran los franceses, no se explican a menos que el ejército alemán de Lorena hubiera pasado por entre dos campos atrincherados o se hubiera interpuesto entre ellos y tomado una actitud amenazadora. Pero los franceses han negado que se realizaran importantes hechos de armas en Lorena mientras se libró la batalla del Marne, y en cuanto a las fortificaciones del S., sólo se ha dicho que los fuertes de Verdun y Nancy fueron cañoneados, sin éxito. La inactividad del general Pau podría deberse a haber incorporado la masa principal de sus fuerzas al ejército de Joffre o bien—contra lo dicho en los partes oficiales—a que los alemanes de Lorena estuvieran ejecutando una enérgica acción ofensiva. Nada puede afirmarse con probabilidades de acierto; por ahora, basta con indicar que se comprende perfectamente lo acontecido entre Chalons y París, pero no lo que ha sucedido más al E.

En el terreno de los hechos, la batalla del Marne y la persecución subsiguiente, tienen menos importancia que la batalla de Charleroi y la invasión alemana.

La batalla de Charleroi hizo caer en manos de los alemanes toda Bélgica, menos Amberes y el litoral; dejó abierta la línea del Mosa; fueron tomadas todas las plazas francesas del N., sin excepción de una sola, y, por consiguiente, la frontera septentrional de Francia ha quedado libre de obstáculos para la entrada del enemigo; este objetivo por sí sólo justificaría una campaña de dos meses. Si los alemanes, luego de conseguidas estas ventajas, se hubieran detenido en la línea del Aisne, para preparar desde ella la segunda fase de la invasión o abrir una nueva campaña, poco podría reprochárseles, porque preferible es avanzar lentamente, pero con firmeza, que adelantar deprisa para retroceder después. Pero tal como se han desarrollado los sucesos, las ventajas materiales quedan compensadas por los beneficios de orden moral que han reportado los aliados. Impresionables los franceses, al desaliento del 26 al 31 de agosto ha sucedido el entusiasmo; el soldado y el pueblo han vuelto a poner su confianza en el general Joffre, circunstancia que ha de influir en las operaciones posteriores; se ha perdido el temeroso respeto que infundían los alemanes, y el ejército francés sabe que puede resultar victorioso; y en cuanto a los ingleses, la victoria del Marne ha sido la chispa que faltaba para impresionar a las clases populares, lo cual se ha traducido en el aumento inmediato de los contingentes que se alistan en el ejército. Del lado alemán, se necesita toda la cohesión de aquel ejército para soportar con impavidez el contra-golpe; no basta que el gran cuartel general haya decretado la retirada y que ésta se realizara espontáneamente; el hecho palpable para el soldado es que ha retrocedido combatiendo, a la vez que avanzaban los aliados.

En otro orden de ideas, la cuestión fundamental, porque imprime una nueva marcha a las operaciones, es investigar cuáles han sido los motivos que

han inducido al cuartel imperial a debilitar sus ejércitos de Francia; muy poderosos y urgentes deben ser, para renunciar desde luego a terminar felizmente y en breve plazo, una campaña que se abría bajo tan favorables auspicios; su continuación más o menos pronto no será tan fácil y hacedera como lo hubiera sido antes del Marne.

IV.—En el terreno de las conjeturas

El día 1.º de septiembre se advertía en Francia la presencia de siete ejércitos alemanes: cuatro en el N., uno en la región de Metz y dos en Lorena; en Bélgica operan tropas de segunda línea. A partir del día 16, se señalan dos ejércitos en el N., uno en la región de Metz y nada se dice de Lorena. Faltan, pues, dos ejércitos, número que bien pudiera llegar a cuatro, si también a Lorena hubiesen sido llevadas divisiones de reserva. Han salido de Francia contingentes comprendidos entre seis y doce cuerpos de ejército, o sea de 250.000 a 600.000 hombres. ¿Dónde están? ¿A dónde han ido?

No hay el más leve indicio que dé luz; y aunque lo más cómodo sería aguardar a que los hechos hablasen por sí mismos, como los alemanes no rasgarán el velo del misterio y las noticias que se reciben del teatro oriental son aun más tendenciosas que las del occidental, seáme permitido razonar por mi cuenta, pero declarando antes que, hasta el presente momento, no hay datos para deducir consecuencias con probabilidad de acierto.

El ejército sacado de Francia puede haber sido empleado: 1.º en Bélgica; 2.º en otro lugar del mismo teatro; 3.º en la frontera rusa.

1.º No se ha advertido la presencia de nuevas tropas en Bélgica, ni hasta ahora han sido necesarios refuerzos para seguir imponiendo la defensiva a los belgas y mantener el acordonamiento de Amberes. Esta hipótesis no es admisible.

2.º Puédese haber formado un segundo ejército de operaciones, para moverse, bien en la región del O., ya en Alsacia y los Vosgos. Lo primero, aunque depararía las ventajas de no encontrar apenas resistencia la invasión y amenazar el litoral del Atlántico, donde las heridas serían más dolorosas para Inglaterra y Francia, se opondría a los buenos principios militares, porque la línea de comunicaciones resultaría sumamente larga y muy expuesta, y el verdadero objetivo de una campaña es la destrucción de la masa enemiga y no la dominación de territorios indefensos; además, la formación de este ejército se hubiera preparado extendiendo aun más la derecha al O. de París y no replegándola hacia el E. Un poderoso ejército en Alsacia o en el N. de los Vosgos, podría conducir a resultados más rápidos y decisivos que la invasión por Bélgica, a condición de que cayeran una o más plazas fuertes de la frontera del E.; de lo contrario, el cambio de plan alemán equivaldría a dejar lo cierto por lo remoto, y a abandonar una situación preparada desde el 3 de agosto, por otra incierta, sin que lo aconsejara ninguna necesidad imperiosa. De haberse admitido esa maniobra, hace ya mucho tiempo que se la habría preparado. Tampoco se debe admitir que la retirada del Marne se deba al fracaso del ataque contra Verdun, porque ni se extremó el asedio contra ese campo

atrincherado, ni los alemanes han paralizado su ofensiva, en esta guerra, por la interposición de una o varias plazas fuertes en su camino; y, sobre todo, porque el sitio y el avance del ejército del N. se hubieran concertado y armonizado.

3.º Hasta el 2 de septiembre, la situación de los alemanes en la Prusia Oriental era satisfactoria, porque derrotado el primer ejército ruso, y en movimiento las tropas del Kaiser hacia el N., para operar de flanco contra el segundo, era de presumir—y los hechos confirmaron la esperanza—que el invasor sería arrojado al otro lado de la frontera. Por consiguiente, si dos ejércitos alemanes de Francia han sido enviados al teatro oriental, es menester que se hayan presentado situaciones nuevas, inesperadas, (porque de lo contrario se habría comenzado por llevar más activamente la guerra contra Rusia que contra los anglo-franceses) y lo bastante importantes para justificar un cambio de plan y comprometer el éxito de los primeros triunfos obtenidos en Bélgica y Francia. ¿Qué nuevos, imprevistos e interesantes sucesos han podido ocurrir?

La derrota de los austriacos en Lemberg no ha sido una batalla de influencia decisiva sobre el curso de operaciones subsiguientes, ni tampoco los rusos que invadieron la Galizia amenazaban ningún punto vital de Austria. Esta podía continuar la guerra, con más probabilidades de reparar la derrota que las que tenían los aliados después de Charleroi. Lemberg es un episodio más o menos interesante, funesto para los austriacos, pero es menester que los rusos ganen muchas batallas como ésta para que Austria se declare vencida. El centro y la izquierda austriacas habían combatido con fortuna en la región de Lublín, y sus tropas seguían manteniéndose en la Polonia rusa. Hay que descartar, pues, las operaciones del ejército austro-húngaro como motivo inductor del cambio de plan alemán. Por lo demás, al acumular Alemania el grueso de sus fuerzas contra Francia, no podía ocultársele, ni a su aliada tampoco, que no todo serían satisfacciones y victorias en la frontera rusa.

Volviendo la vista al ejército moscovita, se descubre algo verdaderamente imprevisto, porque todo podía creerse de los rusos, menos que emprendieran la invasión sin haberse concluido de movilizar y estando atrasada la concentración.

Arrojando Rusia todas sus tropas de primera línea contra los alemanes y austriacos, cuando aun no se habían puesto los cuerpos en pie de guerra, se ha debilitado sin necesidad. Si un regimiento ruso movilizado tiene un efectivo de 4.000 hombres, un cálculo prudente limita ese efectivo a 2.500 ó 2.600 hombres el 31 de agosto; como la cohesión de los cuerpos después de movilizados, depende del encuadramiento de los reservistas, es decir, de la existencia del cuadro de oficiales, sargentos y cabos, y de que predominen en las unidades los soldados de ac-

tivo, resulta que la derrota y la destrucción parcial de los cinco o seis cuerpos rusos que operaban en la Prusia Oriental, no supone la inmovilización temporal de 150.000 ó 180.000 hombres, sino, prácticamente, la de 200 a 250 mil. De la misma manera, si fuera posible derrotar e infligir un golpe mortal a los 400.000 rusos que operan contra los austriacos, el contingente realmente vencido sería de 600.000 hombres. Este es un hecho nuevo, con el que no se debía ni podía contar al comenzar la guerra. Tal como se ha conducido Rusia, probablemente instigada por Inglaterra, brinda a sus enemigos la ocasión para derrotar a una masa de 700.000 a 800.000 hombres, con sólo que vencieran a 500.000. La verdad es que la ocasión era tentadora: si Alemania realizaba una campaña afortunada con fuerzas adecuadas y antes de diciembre destrozaba a ese ejército ruso de 500 ó 600 mil hombres, Rusia experimentaría graves dificultades para reunir otro ejército tanto o más numeroso, porque el invierno, con sus fríos y hielos, paralizaría las comunicaciones y entorpecería la concentración, y hasta abril o mayo quedaría Rusia fuera de combate. En resumen, una acción enérgica y resuelta de alemanes y austriacos contra Rusia, si la coronase el éxito, tendría por resultado el dar a los alemanes un respiro de cinco meses para procurar la terminación de la campaña en Francia.

Con todo, no creo que esta circunstancia, por sí sola, haya movido al cuartel imperial a modificar tan radicalmente su plan. Al fin y al cabo, las operaciones marchaban bien en los dos teatros, y ahora es menester empezar de nuevo; en la guerra hay que contar siempre con lo imprevisto.

A mi juicio, han intervenido circunstancias de orden internacional; acaso la imposición de Turquía de que Rusia fuese seriamente amenazada, antes de que con su intervención se llevara la guerra al Cáucaso y al mar Negro y se procurara un alzamiento de los mahometanos en las riberas del canal de Suez y mar Rojo; tal vez la actitud de Rumanía... ¡Quién sabe! Si hay algo de esto, el nuevo plan alemán se endereza, ante todo, contra Inglaterra, y relega a segundo término a Francia y Rusia.

Estimo verosímil lo que antecede y aun lógico; pero el lector obrará bien acogiéndolo con todo género de reservas. Como los alemanes apenas dan cuenta de sus victorias y los rusos—al revés de lo que hicieron en la guerra ruso-japonesa—no declaran el alcance de sus derrotas, transcurrirá algún tiempo antes de que se confirmen o desvanezcan las hipótesis expuestas. La entrada en línea de Turquía despejará la situación.

En la próxima crónica me ocuparé en la batalla del Aisne y en el objetivo que por el momento persiguen los alemanes en Francia.

JUAN AVILÉS,
Teniente Coronel de Ingenieros

22 septiembre 1914.